

El cuerpo humano y su alto rango

Alfonso López Quintás

Para defender un proyecto de ley proabortista, cierto ministro de Justicia condensó su razonamiento en esta frase: “*La mujer tiene un cuerpo y hay que darle libertad para que disponga de él y de cuanto en él acontezca*”. A primera vista, parece un razonamiento lógico y concluyente. Si lo analizamos con un método bien aquilatado, descubrimos la profunda razón que ha llevado a la mejor Antropología Filosófica a pulverizarlo desde hace casi un siglo. El uso del verbo *tener* es adecuado para expresar relaciones de posesión, que sólo tienen sentido respecto a *objetos*. Yo puedo tener un ordenador, una finca, una casa, un traje... Pero no *tengo cuerpo*; *soy corpóreo*. Si queremos descubrir el abismo que media entre ambas expresiones, debemos afinar la sensibilidad para adivinar el modo de ser de las realidades que parecen objetos pero superan la condición de tales. Para lograrlo, debemos cambiar la mentalidad “objetivista” por otra “relacional”.

Paso de las realidades cerradas a las realidades abiertas

Este cambio implica convertir las *realidades cerradas* en *realidades abiertas*. Cerrado es un objeto que está ahí sin tener relación alguna conmigo; por ejemplo, una tabla cuadrada que veo en el taller de un carpintero. Si pinto en ella cuadraditos en blanco y negro, convierto la tabla en *tablero*. He aquí una primera transformación. La tabla se convierte en realidad abierta porque me ofrece posibilidades para jugar en ella al ajedrez o a las damas. El tablero tiene un rango superior a la tabla. Es una realidad que se *abre* a nosotros y nos ofrece posibilidades para hacer juego: crear jugadas, tender a una meta, ejercitar la imaginación. Por ser una realidad abierta y abarcar cierto campo, podemos llamarle *ámbito de realidad*, o sencillamente *ámbito*.

Con la tabla puedo hacer lo que quiero: venderla, canjearla, manejarla a mi antojo, porque es una realidad delimitable, pesable, agarrable, situable en un lugar o en otro. Con el tablero en cuanto tal, es decir, en cuanto estoy jugando en él un determinado juego, no debo actuar arbitrariamente: he de respetar las normas que dicta el reglamento. Si convenimos en que la tabla como objeto pertenece al *nivel 1*, el tablero –como campo de juego– pertenece al *nivel 2*. Ya hemos descubierto dos tipos de realidades –objetos y ámbitos– y dos actitudes distintas respecto a ellas: la de simple manejo y la de colaboración respetuosa.

Un fajo de papel pautado que está en una papelería es un objeto. Si lo compro y escribo en él una composición musical, transformo el fajo de papel en una *partitura*, y lo elevo al rango de ámbito. El fajo de papel es mío, lo poseo, puedo utilizarlo para cualquier fin: escribir en él, abanicarme, encender una estufa. Pertenece al *nivel 1*. La partitura no es algo pasivo respecto a quien sabe leer el lenguaje musical; toma iniciativa y me revela una obra y me guía en la tarea de interpretarla. Como fajo de papel, la poseo y la pongo a mi servicio; en cuanto partitura, debo respetarla al máximo, colaborar con ella, serle fiel, ajustar mi acción a las normas que ella me impone. Estamos en el *nivel 2*. Otra vez nos encontramos con dos realidades de distinto rango y dos actitudes diferentes por nuestra parte.

Nuestro proceso de desarrollo implica una serie de transfiguraciones

Demos un paso adelante en nuestro camino de transformaciones. Me habla alguien de un poema que figura en un libro, pero yo no me preocupo de asumir las posibilidades que me

ofrece y darle vida; lo tomo como una realidad de mi entorno que no se relaciona conmigo activamente, ni yo con él. Se halla a mi lado, como si fuera una realidad cerrada, un objeto (*nivel 1*). Pero un día lo leo y asumo activamente las posibilidades estéticas que alberga y lo declamo creativamente, dándole el tipo de vida que el autor quiso otorgarle. En ese momento, el poema actúa sobre mí, me nutre espiritualmente, y yo configuro el poema, le doy el ritmo debido, le otorgo vibración humana, lo doto de un cuerpo sonoro. Esa experiencia de declamación no es meramente “lineal”, no actúo yo solo; es “reversible”, bidireccional, porque ambos nos influimos mutuamente: el poema influye sobre mí y yo sobre el poema. Antes de entrar en relación con él, el poema era distinto de mí, distante, externo, extraño, ajeno. Al asumir sus posibilidades estéticas y declamarlo, el poema se me vuelve *íntimo*, sin dejar de ser distinto, pues nada hay más íntimo a nosotros que aquello que nos impulsa a actuar y da sentido a nuestra actividad. De esta forma, el poema deja de estar *fuera de mí*, en un lugar *exterior a mí*. Él y yo formamos un mismo *campo de juego*. En eso consiste ser íntimos. La unión de intimidad sólo es posible en el *nivel 2*, el de la creatividad. Esta transformación de lo externo, extraño y ajeno en íntimo da lugar a una *forma eminente de unión*. Ningún tipo de unión con un objeto alcanza el carácter entrañable que adquirimos al formar un campo de juego con una realidad abierta, que nos ofrece posibilidades creativas (*nivel 2*).

Al asumir fielmente las posibilidades que me ofrece un poema, me atengo a él, le soy fiel, lo tomo como una norma que me guía, y justamente entonces me siento inmensamente libre, libre para crearlo de nuevo, darle vida, llevarlo al grado máximo de expresividad. Como vemos, las exigencias que plantean las realidades que tratamos se hacen mayores en cuanto las elevamos de rango. Pero, en la misma medida, enriquecen nuestra vida. Y la enriquecen porque podemos “encontrarnos” con ellas. Un objeto lo puedo tocar, agarrar, manejar, comprar o vender; lo que no puedo es encontrarme con él. Y del encuentro depende la riqueza de mi vida, según nos enseñan la Biología y la Antropología actuales más cualificadas¹.

El encuentro puede darse entre una persona y un poema, una canción, el lenguaje, una obra literaria, un paisaje, los valores de todo orden... Estas formas de encuentro encierran un gran valor. Pero el valor supremo lo ostenta el encuentro cuando es realizado por dos seres personales, pues las experiencias reversibles adquieren un grado especial de excelencia cuando se realizan entre realidades que gozan de un poder de iniciativa privilegiado en el universo.

El cuerpo, expresión viva de la persona

Las consideraciones anteriores nos preparan para analizar ahora con precisión lo que es el cuerpo y lo que significa en la vida humana. En los últimos decenios, la investigación filosófica y psicológica amplió y profundizó la concepción que se tenía del cuerpo humano. Para asumir los resultados de tal investigación y proseguirlos, hemos de cambiar la actitud: ampliar la mirada y realizar el ascenso del *nivel 1* a los niveles 2 y 3. Desde un nivel inferior no se comprende lo que sucede y existe en niveles superiores. Con una mentalidad y una actitud propias del *nivel 1* no se hace justicia a las realidades y acontecimientos propios de un nivel superior. Hay que cambiar la mentalidad objetivista por otra relacional: pensar con la actitud propia del *nivel 2*, no con la del *nivel 1*; no ver y valorar sólo las realidades cerradas (*nivel 1*) sino también las abiertas (*nivel 2*). No basta tomar nota de la nueva concepción del cuerpo; debemos realizar una *metanoia*, una transformación del estilo de pensar. Entonces comprenderemos a fondo el verdadero alcance de esa nueva filosofía del cuerpo.

¹ Cf. Juan Rof Carballo: *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid 1973; *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid ³1977; Manuel Cabada Castro: *La vigencia del amor*, San Pablo, Madrid 1994.

Una persona, por ser corpórea, puede ser agarrada, medida, pesada, movida de un lugar a otro, incluso zarandeada. Pero el cuerpo no es un objeto, aunque lo parezca a primera vista; supera inmensamente la condición de objeto –*nivel 1*– porque es el medio expresivo de toda la persona –*nivel 2*–. Merece el mismo respeto que ésta, pues significa su forma de estar y actuar en el mundo. Te doy la mano para saludarte, y en ese gesto vibra toda mi persona. No se trata sólo de dos manos que se aprietan; son dos personas que se van al encuentro. No hay objeto en el mundo que sea el lugar de vibración de un ser personal, con sus recuerdos, sus afectos, sus proyectos de vida. De forma semejante, si te digo una broma y te sonríes, es toda tu persona la que me expresa su complacencia. Para sonreír, hay que mover ciertos músculos de la cara de una determinada forma. Pero la sonrisa no se reduce a esa suma de movimientos faciales; brota de dentro afuera; es gestada en la interioridad de la persona. De la actitud veraz o falaz de ésta depende que el cuerpo ejerza, respectivamente, un papel *mediador* entre las personas o *mediatizador*. La persona sincera se nos hace presente en el vehículo expresivo de su cuerpo, que ejerce una función *mediadora*. La persona mendaz convierte su cuerpo en un elemento opaco –*mediatizador*– que se interpone entre ella y los demás.

Al considerar el cuerpo de cada ser humano como una fuente de posibilidades creativas para la persona, se dispone el ánimo para tratarla con respeto, estima y colaboración, actitudes propias del *nivel 2*. Por el contrario, si, al tratar a una persona, sólo tomo en consideración las posibles condiciones atractivas de su cuerpo, la reduzco a medio para mis fines, la envilezco, le hago injusticia pues la rebajo de rango; la sitúo en el *nivel 1*. Con ello, se depaupera nuestra vida personal, nuestra capacidad de enriquecernos –en diversos aspectos– al relacionarnos.

El cuerpo humano participa de los niveles 1 y 2
--

Visto con el debido rigor, mi cuerpo no es para mí un *objeto* del que pueda *disponer*, ni un *instrumento* que pueda *manejar*. Estas son realidades y actitudes propias del *nivel 1*. Mi cuerpo tiene dimensiones y peso, como los objetos; puede ser tocado, manejado, situado aquí o allí; pero su función propia es permitirnos asumir las posibilidades que nos ofrecen las realidades circundantes y realizar tareas creativas: abrirnos al entorno, hacernos presentes, saludarnos, encontrarnos, mostrarnos afecto, tocar instrumentos, jugar, orar..., actividades que son modos distintos de *participar* en la existencia de las demás realidades, sobre todo las personas. Por eso, en vez de afirmar que “tengo un cuerpo; es mío y dispongo de él a mi arbitrio”, lo procedente es indicar que “*soy una persona, dotada de cuerpo y de espíritu, y me veo llamado a participar en la vida con las posibilidades creativas que me ofrece esa condición*”. Esto supone una concepción inmensamente superior del cuerpo, de la persona y de su modo peculiar de actividad.

La recta consideración del cuerpo es una clave para entender adecuadamente los diversos aspectos de nuestra vida personal: por ejemplo, el sentido del amor conyugal, la interpretación del pudor como la salvaguardia de la dignidad personal, la necesidad de vincular la inmediatez de la atracción y la distancia del respeto.

1) El amor conyugal es sumamente fecundo cuando vincula el *nivel 1* de la mera apetencia con el *nivel 2* de la entrega personal. Se empobrece y corrompe si limitamos su alcance al *nivel 1* y lo reducimos a mera fuente de gratificaciones sensibles y psicológicas, amenguando así al máximo su capacidad creativa.

2) Visto el cuerpo humano en el *nivel 1*, tenemos la impresión de que todas sus partes son iguales y merecen el mismo trato. El pudor parece, entonces, carecer de sentido y es interpretado como signo de una actitud pacata. En cambio, si se contempla el cuerpo, en el *nivel 2*, como expresión viva de las relaciones personales, cada una de sus partes adquiere un sentido

peculiar. Crear un campo de juego amoroso con una persona significa abrir un *espacio de intimidad*. Todo acto de verdadero amor crea intimidad y exige intimidad. Lo que en él acontece lo saben y comprenden de veras sólo quienes lo realizan. Los que lo contemplan desde fuera tienden a “objetivizarlo”, a reducirlo a pasto erótico, bajarlo de nivel, envilecerlo. Exponerlo a ese tipo de miradas externas carece de sentido, es literalmente *insensato*. Mantenerlo en la atmósfera de intimidad que él mismo crea es la tarea del pudor. La vista es, después del tacto, el sentido más posesivo; viene a ser como *tocar a distancia*. De ahí que, en buena medida, dejarse ver sea dejarse poseer. Esta actitud servil lesiona gravemente nuestra dignidad. Bien entendido, el pudor no refleja una actitud ñoña, propia de personas insensibles al encanto de la comunicación. Es la única forma realista de hacer justicia a la condición bifronte del cuerpo, a su capacidad enigmática de moverse, a la par, en dos niveles: el 1 y el 2. Esa fidelidad al rango propio del cuerpo convierte al pudor en garante de la dignidad humana.

3) Sólo podemos “disponer” de las realidades que son objetos (*nivel 1*). Nuestro cuerpo ofrece flanco para que podamos manejarlo a modo de objeto, pero, al ser conscientes de su carácter bifronte –objetivo y ambital–, tendemos a respetar su enigmática vinculación al espíritu y a los valores, y a colaborar con él en la gran empresa de desarrollarnos plenamente como personas. Esa misma actitud creativa hemos de adoptarla con el cuerpo de las demás personas. Si lo tomo como un medio para mis fines egoístas –por ejemplo, eróticos–, oigo una voz interior que –mediante el lenguaje de la desazón– me amonesta de esta forma: “*No abuses de mí, que no estoy llamado a ser instrumento de tus deseos, sino expresión viva de tu intimidad personal con otra persona. Si todavía no la tienes, no pongas en juego las fuentes de la vida*”.

De lo antedicho se desprende que nuestro cuerpo merece el mismo respeto que nuestra persona, pues participa de su condición enigmática, sensible y abierta a lo más valioso, sujeta a las condiciones de cada situación y capaz de abrirse a amplios horizontes. Cuanto más nos adentremos en el ámbito de la persona, mejor comprenderemos el carácter bifronte de nuestro cuerpo, que está atenido a las pulsiones instintivas y es, a la vez, expresión viva de los anhelos más altos del espíritu.

BIBLIOGRAFÍA: M. Henry: *Encarnación*, Sígueme, Salamanca 2001; M. Merleau-Ponty: *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, Madrid 1945; A. López Quintás: *El secreto de una vida lograda*, Palabra, Madrid ²2004; G. Marcel: *Le mystère de l'être*, 2 vols., Aubier, París 1951.